

XII

Al amanecer, sintió que un rayo de sol le acariciaba la cara. Un susurro le dio los buenos días. A lo lejos, en el establo, escuchó relinchar al caballo. Su espada de caballero relucía junto a la ventana. El destino le había sonreído y se sentía enormemente afortunado. Probablemente sería un día maravilloso y solamente tendría una batalla más que vencer: que cada día fuese más feliz que el anterior.